

La Gran Máquina

Pablo Flores



La Gran Máquina

Pablo D. Flores

Este libro está a la venta en <http://leanpub.com/lagranmaquina>

Esta versión se publicó en 2020-07-11



Leanpub

Éste es un libro de [Leanpub](#). Leanpub anima a los autores y publicadoras con el proceso de publicación. [Lean Publishing](#) es el acto de publicar un libro en progreso usando herramientas sencillas y muchas iteraciones para obtener retroalimentación del lector hasta conseguir el libro adecuado.



This work is licensed under a [Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 3.0 Unported License](#)

¡Tuitea sobre el libro!

Por favor ayuda a Pablo D. Flores hablando sobre el libro en [Twitter!](#)

El tuit sugerido para este libro es:

[Acabo de bajarme «La Gran Máquina», una novela corta de @pablodf76. #LaGranMaquina](#)

El hashtag sugerido para este libro es [#LaGranMaquina](#).

Descubre lo que otra gente dice sobre el libro haciendo clic en este enlace para buscar el hashtag en Twitter:

[#LaGranMaquina](#)

*A Marisa: esposa, compañera y observadora infatigable de mis
errores y aciertos.*

Índice general

La Gran Máquina 1

La Gran Máquina

En un mundo donde los seres humanos viven confinados a las grandes alturas montañosas, algo baja desde el espacio hacia la jungla tóxica y aplastante que cubre los valles. Un grupo de exploradores se atreve a ir a enfrentarse con lo desconocido, sin saber si se trata de una amenaza o una promesa de cambio... o ambas cosas.

La Gran Máquina es una *nouvelle* o novela corta. El lector podrá juzgarlo, o no, por estos fragmentos. El relato completo está disponible vía [LeanPub](https://leanpub.com/lagranmaquina/)¹. Quien lo desee puede bajarlo gratuitamente, o bien ofrecer un pago por él, sea simbólico o significativo. Esto último no es sino una gratificación adicional para mí, ya que en este y otros cuentos no he invertido más que mi tiempo, y sólo con verlos terminados considero recuperada con creces esa inversión.

Fragmentos

Llegada a Utravani

Llegué a Utravani casi al mediodía, un dicuatro. El zeppelin partía, en esa época, los didós por la mañana desde Tlipsu, tocaba puerto por la noche en Go'or, esperaba allí hasta el alba para no arriesgar un trayecto en medio de la oscuridad a merced de los vientos traicioneros del Páramo, y llegaba a Prsiima el ditrés a última hora; casi todos los pasajeros se bajaban allí, y unos pocos subían. No había bajada a tierra para los que seguíamos viaje. Cruzado el paso principal de la Gran Cadena, proseguíamos confiadamente toda la noche, y por la mañana veíamos a lo lejos los picos y mesetas, rojizos y resecos, de las Islas de Utravani.

Yo había dormido bien toda la noche, a pesar de la turbulencia

¹<https://leanpub.com/lagranmaquina/>

que invariablemente (a decir de los pasajeros habituales) sacude un buen rato el zeppelin al remontar la cordillera de Prsiima. Cuando, después de desayunar, salí a ver el espectáculo, varios de aquellos habitués me saludaron. Aunque no hago alardes, tampoco le niego mi nombre a nadie, y de manera inevitable alguien me reconoce y se sorprende de encontrarme en carne y hueso. Aquel día mi mente estaba concentrada en la expectativa de llegar y hablar con Ifara, después de tantos meses de comunicarme con él sólo por carta o por radio, y me temo que no presté atención al paisaje ni a mis admiradores.

Por lo demás, la región de Utravani no es geográficamente distintiva. Hay tres mesetas-isla principales, colocadas más o menos en dirección norte-sur, y una multitud de picos poco accesibles, algunos de ellos permanentemente bajo las nubes. La mayor parte de la población vive en la meseta central, que llaman Utra-Miir; el puerto de amarre está en la del sur, Utra-Chrgam. Todo esto ya me era sabido. La única particularidad del paisaje era la ocasional ruptura completa de la capa de nubes a sotavento de las mesetas, causada por ciertas particularidades en la circulación de los vientos y la configuración de las masas rocosas. El fenómeno dejaba ver grandes extensiones de las laderas, incluso hasta donde comenzaba la jungla. Para mí aquello no era muy curioso, pero la mayoría de la gente nunca ha bajado a la jungla y rara vez tiene ocasión siquiera de recordar que existe. En mi hogar en Tlipsu, las nubes, la exhalación húmeda de la jungla, no se retiran casi nunca, y cuando un hueco se abre, es sólo para ser cubierto por otras nubes unos pocos minutos después; pero yo había bajado decenas de veces por los acantilados o las gentiles laderas de las montañas de Tlipsu, solo o acompañado, y no podía olvidar jamás lo que se movía en la superficie.

(...)

Historia colonial

El primer avistamiento ocurrió al día siguiente. A despecho de las intenciones de Ifara y Slati, que habían planeado un día de trabajo intensivo con el nuevo traje, las mujeres (Vrten y Ku'uro) insistieron en una gira por la ciudad, a la que prontamente se sumaron Soota, su esposa Drigi, y Arpan. No había hablado mucho con este último durante el almuerzo o la cena; resultó ser un aficionado a la historia antigua, como yo, aunque confesamente tímido. Me apresuré a advertirle que mi autoridad en la materia era mera apariencia.

—Algunas fuentes dicen que estas islas fueron las primeras en ser colonizadas —comentó Arpan mientras observábamos Utra-Miir extendida ante nosotros, parados en un mirador con la espalda vuelta al oriente y a los precipicios—. Posiblemente porque las mesetas son naturales.

—¿Las mesetas de otras ciudades no son naturales? —preguntó Soota.

—No; en algunas hay marcas y huellas que muestran que fueron trabajadas artificialmente.

—Utra-Chrgam es artificial —acotó Drigi.

—Eso iba a decir —dijo Soota.

—Sí, en parte, pero Utra-Miir y Utra-Tigvaru son de origen natural —aseguró Arpan—. Con algún trabajo extra, claro, sobre todo cerca de los bordes.

—Tlipsu es mucho más pequeña —dije—. La ciudad, quiero decir, no la meseta donde está ubicada. No está tan trabajada, no es tan plana como ésta, así que todavía le queda mucho lugar para ampliaciones. ¿Qué harán ustedes cuando se queden sin espacio?

—No sé —dijo Arpan, y rompió a reír—. Nos pondremos trajes de aislamiento y viviremos en las laderas.

(...)

Si las cosas hubiesen sido diferentes

Si las cosas hubiesen sido un poco diferentes, supongo, quizá habríamos podido caminar libres, sin equipo pesado, por la superficie de nuestro mundo, en vez de tener que bajar a ella desde las alturas con tanques y trajes de aislamiento. Al nivel del suelo la presión era alta, pero tolerable para una persona sana con un período de adaptación. La presión parcial de nitrógeno era demasiado alta para un ascenso rápido, pero nada que una cámara de oxígeno y unas horas de espera no pudiesen resolver. La temperatura, exacerbada por la humedad, era un asunto más complicado, pero —de nuevo— una persona sana, con agua y una dieta suplementada por los minerales adecuados, podía tolerarla. Conocí a un temerario, un verdadero aventurero, que una vez bajó hasta unos mil metros sobre el nivel del suelo en un tanque y luego salió al exterior, en un día excepcionalmente despejado y ventoso, en la gran región seca al sur de Go'or, sin ningún tipo de protección; permaneció allí e hizo algunos ejercicios ligeros durante veinte minutos, volviendo luego lentamente a su isla, sin sufrir daños de ningún tipo. Si no existiese la jungla, tales hazañas serían comunes.

Pero la jungla lo cambia todo. La jungla libera humedad, que satura el aire, aumenta la temperatura y mantiene ese calor en la zona baja. La respiración de la jungla produce dióxido de carbono, que se concentra en las zonas bajas y retiene aún más calor. Los organismos superiores de la jungla alimentan a una multitud de bacterias productoras de óxido nitroso, que retiene más el calor que el vapor de agua y el dióxido de carbono juntos y es tóxico para los humanos. Los habitantes más agresivos de la jungla emplean varios otros métodos químicos para luchar entre sí y protegerse, y los residuos de esa lucha van todos a engordar el caldo atmosférico.

En un ambiente menos cerrado y sofocante no sería problema lidiar con estos factores, pero la jungla sobrevive gracias a ellos y se recrea a sí misma para conservarlos constantes. El ciclo de la vida no nos tiene en cuenta a nosotros, habitantes de las alturas rarificadas. Somos extranjeros y eso no tiene remedio, sólo

paliativos: pesados vehículos cerrados, con paredes resistentes a la presión, refrigeración y filtros para evitar los gases nocivos.

Por supuesto que muchas personas siguen creyendo que éste es el mundo que merecemos y que está bien que debamos ganarnos nuestro lugar con dolor. Unos cuantos, incluso (entre los más ignorantes), creen de hecho literalmente en el mito de la Creación, la Expulsión y el Ascenso al Exilio. Pero yo dejé de creer en el Dios vengativo de mis padres incluso antes de que me salieran bigotes, y no me convencerán de que estamos pagando las culpas de nuestros ancestros. No fuimos creados para vivir aquí y no tenemos por qué lamentarnos ni sentir autocompasión. Muy por el contrario: todo lo que tenemos es mérito de la perseverancia y el trabajo duro en nuestras islas sobre las nubes.